ciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecucion lo que se le habia ordenado, porque cuando llegó á su pueblo, halló enfermo á un tio suyo, llamado Juan Bernardino, á quien amaba entrañablemente, y tenia en lugar de padre, de un accidente grave, y con una fiebre maligna, que los naturales llaman *Cocoliztli;* y compadecido de él, ocupó la mayor parte del dia en ir en busca de un médico de los suyos, para que le aplicase algun remedio: y habiéndole conducido adonde estaba el enfermo, y héchosele algunas medicinas, se le agravó la enfermedad al doliente; y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó á su sobrino que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al convento de Santiago *Tlatelolco* á llamar á uno de los religiosos de él, para que le administrase los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extrema Uncion, porque juzgaba que su enfermedad era mortal. Cogió Juan Diego la madrugada del dia mártes doce de Diciembre, caminando á toda diligencia á llamar uno de los sacerdotes, y volver en su compañía por su guía: y así como empezó á esclarecer el dia, habiendo llegado al sitio por donde habia de subir á

la cumbre del montecillo, por la parte del Oriente, le vino á la memoria el no haber vuelto el dia antecedente á obedecer el mandato de la Vírgen María, como habia prometido; y le pareció, que si llegase al lugar en que la habia visto, habia de reprenderlo, por no haber vuelto, como le habia ordenado, y juzgando con su candidez, que cogiendo otra vereda, que seguia por lo bajo y falda del montecillo, no le veria ni detendria; y porque requeria prisa el negocio á que iba, y que desembarazado de este cuidado, podria volver á pedir la señal que habia de llevarle al Señor Obispo: hízolo así; y habiendo pasado el paraje, donde mana una fuentecilla de agua aluminosa, ya que iba á volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.

Cuarta aparicion.

Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro, para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y díjole:

—*Adonde vas, hijo mio, y qué camino es el que has seguido?*

Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbacion, postrado de rodillas:

—*Niña mia muy amada, y Señora mia, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueño mio, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo, y mi tio, de un accidente grave y mortal; y porque se vé muy fatigado, voy de prisa al Templo de Tlatelolco en la Ciudad, á llamar un sacerdote, para que venga á confesarle y olearle; que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y despues de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me escuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.*

Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:

—*Oye, hijo mio, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo, y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesi-*

dad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tio, que no ha de morir de ese achaque; y ten por cierto que ya está sano (y fué así, segun se supo despues, como se dirá adelante).

Así que oyó Juan Diego estas razones, quedó tan consolado y satisfecho, que dijo:

—*Pues enviame, Señora mia, á ver á el Obispo, y dame la señal que me dijiste, para que me dé crédito.*

Díjole María Santísima:

—*Sube, hijo mio muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has visto y hablado, y corta las rosas que hallares allí, y recógelas en el regazo de tu capa, y tráelas á mi presencia, y te diré lo que has de hacer y decir.*

Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabia de cierto que no habia flores en aquel lugar, por ser todo peñascos, y que no producia cosa alguna. Llegó á la cumbre, donde halló un hermoso vergel de rosas de castilla frescas, olorosas y con rocío; y poniéndose la manta ó tilma, como acostumbran los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y llevólas á la presencia de la Vírgen María, que le aguar-

dó al pié de un árbol, que llaman *Cuauzahuatl* los indios, que es lo mismo que *árbol de telas de araña*, ó *árbol ayuno*, el cual no produce fruto alguno, y es árbol silvestre, y solo da unas flores blancas á su tiempo; y conforme al sitio, juzgo que es un tronco antiguo, que hoy persevera en la falda del cerro, á cuyo pié pasa una vereda, por donde se sube á la cumbre por la banda del Oriente, que tiene el manantial de agua de alumbre de frente: y aquí fué sin duda el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imágen; porque humillado el indio en la presencia de la Vírgen María, le mostró las rosas que habia cortado; y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y aparándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo:

—*Ves aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que por señas de estas rosas, haga lo que le ordeno; y ten cuidado, hijo, con esto que te digo; y advierte que hago confianza de tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora: y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi Templo.*

Y dicho esto, le despidió la Vírgen María. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendria buen suceso, y surtiria efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar alguna, las venia mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.

Aparicion de la imágen.

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio Episcopal; y habiendo rogado á varios sirvientes del Señor Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna cosa: quisieron registrarla, y aunque resistió lo posible á su cortedad, con todo le hicieron descubrir con alguna escasez lo que llevaba: viendo que eran rosas, intentaron cojer algunas viéndolas tan hermosas; y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta.

Dieron los criados noticia de todo al Señor Obispo; y habiendo entrado el indio á

su presencia y dádole su mensaje, añadió que llevaba las señas, que le habia mandado pedir á la Señora que lo enviaba: y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vió en ella pintada la imágen de María Santísima, como se vé el dia de hoy.

Admirado el Señor Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas, y con rocío, como recien cortadas, siendo el tiempo mas riguroso del invierno en este clima, y (lo que es mas) de la santa imágen que pareció pintada en la manta, habiéndola venerado como cosa celestial, y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desató al indio el nudo de la manta, que tenia atrás en el cerebro, y la llevó á su oratorio; y colocada con decencia la imágen, dió las gracias á nuestro Señor y á su gloriosa Madre.

Detuvo aquel dia el Señor Obispo á Juan Diego en su palacio, haciéndole agasajo; y el dia siguiente le ordenó que fuese en su compañía y le señalase el sitio en que mandaba la Vírgen Santísima María que se le edificase Templo. Llegados al parage señaló el sitio, y sitios en que habia visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios;

y pidió licencia para ir á ver á su tio Juan Bernardino, á quien habia dejado enfermo: y habiéndola obtenido, envió el Señor Obispo algunos de su familia con él, ordenándoles, que si hallasen sano á el enfermo lo llevasen á su presencia.

Quinta aparición.

Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacian, cuando llegó á su casa, le preguntó la causa de aquella novedad; y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al Señor Obispo, y como la Vírgen Santísima le habia asegurado de su mejoria: y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le habia dicho que estaba libre del accidente que padecia, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto habia visto á la misma Señora, en la forma que le habia dicho; y que le habia dado entera salud; y que le dijo "como era gusto suyo que "se le edificase un Templo en el lugar que su "sobrino la habia visto; y asímismo que "su imágen se llamase Santa María de Gua-"dalupe:" no dijo la causa; y habiéndolo

entendido los criados del Señor Obispo, llevaron á los dos indios á su presencia: y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que habia cobrado salud, y qué forma tenia la Señora que se la habia dado; averiguada la verdad, llevó el Señor Obispo á su palacio á los dos indios á la ciudad de México.

Ya se habia difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudian los vecinos de la ciudad á el palacio Episcopal á venerar la imágen. Viendo pues el concurso grande del pueblo, llevó el Señor Obispo la imágen Santa á la iglesia mayor, y la puso en el altar, donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar que habia señalado el indio, en que se colocó despues con procesion y fiesta muy solemne.

Esta es toda la tradicion sencilla, y sin ornato de palabras; y es en tanto grado cierta esta relacion, que cualquiera circunstancia que se le añada, si no fuere absolutamente falsa, será por lo menos apócrifa; porque la forma en que se ha referido, es muy conforme á la precision, brevedad y fidelidad, con que los naturales cuerdos, é historiadores de aquel siglo escribian, figuraban y referian los sucesos memorables.

El motivo que tuvo la Vírgen para que su imágen se llamase de Guadalupe, no lo dijo; y así no se sabe, hasta que Dios sea servido de declarar este misterio.

Hasta aquí llega la tradicion primera, mas antigua y mas fidedigna, por lo que se dirá despues.

Algunos ingeniosos se han fatigado en buscar el orígen del apellido Guadalupe, que tiene el dia de hoy esta Santa imágen, juzgando que encierra algun misterio. Lo que refiere la tradicion, solo es, que este nombre no se le oyó á otro que al indio Juan Bernardino, el cual ni lo pudo pronunciar así, ni tener noticia de la imágen de Nuestra Señora de Guadalupe del Reino de Castilla. A que se llega la poca similitud que tienen estas dos imágenes, sino es en ser ambas de una misma Señora, y esta se halla en todas: y recien ganada esta tierra, y en muchos años despues no se hallaba indio que acertase á pronunciar con propiedad nuestra lengua castellana; y los nuestros no podian pronunciar la mexicana; si no era con muchas impropiedades. Así que, á mi ver,

pasó lo siguiente: esto es, que el indio dijo en su idioma el apellido que se le habia de dar; y los nuestros por la asonancia sola de los vocablos le dieron el nombre de Guadalupe, al modo que corrompieron muchos nombres de pueblos y lugares, y de otras cosas de que hoy usamos, de que se pudieran traer aquí muchos ejemplos. Y porque no nos apartemos mucho, este nombre *Tacubaya*, de un lugar tan cercano á México, se llamó así, porque en la lengua mexicana le llamaron los naturales *Atlauhtlacoloayan;* y no pudiendo pronunciar los nuestros, lo llamaron, sincopando el nombre, *Tacubaya;* y es tan propio el nombre mexicano, que su significado es *lugar donde tuerce el arroyo*, como es verdad en el hecho. Llegaron los españoles al pueblo de *Cuernabaca;* y porque oyeron á los indios llamarlo *Cuauhnahuac*, que significa *cerca de la arboleda*, que es lo mismo que *al pié de la montaña*, como se vé por la asonancia de las voces, se llama *Cuernabaca*. Lo mismo pasó con el nombre de la ciudad de *Guadalajara*, porque los naturales la llaman *Quauhaxallan*, que diferencia en pocas letras del nombre *Guadalajara*. De lo dicho se deja inferir, que

lo que pudo decir el indio en su idioma, fué *Tequatlanopeuh*, cuya significacion es *la que tuvo orígen de la cumbre de las peñas;* porque entre aquellos peñascos vió la vez primera Juan Diego á la Vírgen Santísima, y la cuarta vez, cuando le dió las rosas y su bendita imágen, la vió bajar de la cumbre del cerro de entre las peñas; ú otro nombre pudo ser tambien que dijese el indio: esto es, *Tequantlaxopeuh*, que significa *la que ahuyentó ó apartó á los que nos comian;* y siendo el nombre metafórico, se entiende por las béstias, fieras ó leones. Y si el dia de hoy le mandásemos á un indio de los que no son muy ladinos, ni aciertan á pronunciar nuestra lengua, que dijese de Guadalupe, pronunciaria *Tecuatalope;* porque la lengua mexicana no pronuncia, ni admite estas dos letras *g. d.*, la cual voz pronunciada en la forma dicha, se distingue muy poco de las que antes dejamos dichas. Y esto es lo que siento del apellido de esta bendita imágen.

Anotaciones que deben suponerse para la prueba de la tradicion.

Es de advertir, que el año de 1531 de la Natividad de Cristo Señor nuestro, en que fué la aparicion de la Vírgen Santísima extramuros de esta ciudad de México, fué cincuenta y un años antes de la correccion del Calendario Eclesiástico, que se dice *Gregoriana*, por haberla hecho la beatitud de *Gregorio XIII* que gobernaba la Iglesia Santa el año de 1582 en que se hizo, y se contaban diez años de la conquista de este reino de la Nueva-España por los castellanos, que le agregaron á los reinos de Castilla y Leon año de 1521. La aparicion fué, gobernando la Silla Apostólica Clemente VII, el cual por el año antecedente á ella, que fué el de 1530 habia coronado en Bolonia por Emperador Augusto, con corona de oro, á la Majestad de Cárlos Quinto rey de las Españas; y fué tres años antes de la ereccion de esta Santa Iglesia en Episcopal, por el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Don Fr. Juan de Zumárraga, religioso de la Observancia del Señor San Francisco, que habia sido presentado por primer Obispo de la Iglesia, que

se llamó *Carolense*, antes de dicha ereccion, ni que se le asignase diócesi, que despues se hizo metropolitana de estas provincias de la Nueva España. La data de la bula apostólica para la ereccion de la iglesia mexicana en Catedral, y Sede Episcopal por la beatitud del mismo Clemente VII, (como consta de sinodo mexicano que se congregó para publicar y admitir los decretos del Santo Concilio de Trento) fué año de 1534, á 9 de Setiembre, en el séptimo de su Pontificado.

De aquí se colige, que en no haberse hallado escritos auténticos, con que se pruebe la aparicion de la Vírgen Santísima y su bendita imágen, fué por haber sido antes de la ereccion de esta Santa Iglesia Mexicana en Catedral, y no haber Cabildo Eclesiástico, ni haberse asignado archivo en que se guardasen los autos y papeles: con que es verosímil que se perdiesen, por haber quedado en poder del que hacia oficio de Secretario del Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga, antes que tuviese bulas; ó en poder de otro notario, ante quien se hicieron las informaciones y autos jurídicos; ó por otro accidente de esta calidad. Gobernaba esta ciudad y Reino á la sazon la Real Audiencia segun-